

Resistencia por la Vida en Tiempos del Covid 19: Reflexiones Epistemológicas desde la Visión del Territorio –Cuerpo –Agua de las Mujeres Rurales

Resistance for Life in Times of Covid 19: Epistemological Reflections from the Perspective of Territory –Body –Water of Rural Women

GISSELA GUILCAMAIGUA

FLACSO- Ecuador: Dpto. Género y Desarrollo.
gissela.guilcamaigua@gmail.com

RESUMEN:

Este artículo devela las experiencias de las mujeres rurales en torno a la encarnación del agua y su articulación con la dimensión de los cuidados y la afectividad en tiempos de pandemia. Pretendo brindar una lectura sensible desde la perspectiva de la ecología política feminista decolonial sobre los usos del agua y la sostenibilidad de la vida en una comunidad rural de Cotopaxi, Ecuador. En este contexto, la contaminación y la escasez del agua resultan en experiencias diferenciadas por género, y, de manera muy particular, de sufrimiento para las mujeres rurales, donde sus vivencias cotidianas de resistencia basadas en el acuerpamiento son sus formas de hacer frente a la crisis sanitaria.

ABSTRACT:

This article reveals the experiences of rural women in regards to the incarnation of water, and its articulation with the dimension of care and affectivity in times of

a pandemic. I intend to provide a sensitive reading from the perspective of decolonial feminist political ecology on the uses of water and the sustainability of life in a rural community in Cotopaxi, Ecuador. In this context, pollution and water scarcity result in experiences differentiated by gender, and particularly, in suffering for rural women, whose daily experiences of resistance based on the acuerpamiento are their way of responding to the sanitary crisis.

Palabras clave: *encarnación del agua, cuidados, sostenibilidad, acuerpamiento.*

Keywords: *incarnation of water, care, sustainability, acuerpamiento.*

1.- Introducción

En este artículo reflexiono sobre las relaciones entre las emociones, el territorio, los cuerpos y el agua, donde incorporo las experiencias cotidianas y personales de las mujeres rurales en el proceso de investigación sobre el sostenimiento de la vida en tiempos del Covid 19. En este apartado recojo las vivencias de las abuelas, *mamas*¹, jefas de hogar, y curanderas de la comunidad de Santán Grande, provincia de Cotopaxi, en la sierra ecuatoriana en conexión con el lugar, su identidad y ubicación alrededor de los conflictos por la escasez y contaminación del agua. Con esta información, intento esbozar la noción ontológica del territorio cuerpo – agua, basándome en los saberes, sabidurías y prácticas de las mujeres campesinas e indígenas. Las epistemologías situadas, subjetivas, individuales nos están permitiendo en tiempos de crisis el cuidado en común.

Utilizo en esta investigación el concepto de *encarnación del agua* para explorar y comprender las vivencias, emociones y sensaciones experimentadas con el cuerpo y cómo éstas se manifiestan en sensaciones y experiencias corporales de sufrimiento diferenciadas por género cuando el agua es escaza o no es tratada (Thien 2005; Lund 2012). De esta forma, considero que el vínculo ontológico de las mujeres rurales con el agua y el territorio

determina que son materialidad afectiva en toda la trama de los cuidados. Para el efecto, pongo en primer plano la escala del cuerpo y el hogar, espacialidad política de la cotidianidad donde se despliegan prácticas de resistencia por la vida.

Este trabajo se basó en la metodología cualitativa y trabajo de campo realizado desde enero hasta octubre del 2020. Además de la etnografía, utilicé la cartografía corporal y la técnica del mapeo del cuerpo. Esta herramienta metodológica y conceptual me permitió cartografiar los cuerpos (Zaragocin y Caretta 2020) y cómo estos se relacionan a escala de lo cotidiano con el agua y el territorio. Considero que de esta forma pude superar las limitaciones de la etnografía cuando se trata de explorar la corporización de las emociones y el agua.² La cartografía corporal requirió de la participación activa de las co-productoras de conocimiento. Ellas dibujaron la silueta de sus cuerpos sobre la cartulina, y sobre esta contestaron con dibujos las siguientes preguntas: ¿cómo sienten el agua en sus vidas y en sus cuerpos?, ¿cómo es su relación con el agua?, ¿cómo es su relación con el huerto, la tierra, los animales? ¿Qué les hace feliz o les produce tristeza? Los dibujos fueron presentados al grupo y analizados entre las mismas mujeres.

Las luchas por sostener la vida, en una relación afectiva con el agua según la cartografía son las mismas entre todas las mujeres rurales. Las diferencias fueron las edades, para las mujeres mayores el agua tiene una connotación de sagrado, curativo, para las mujeres adultas el agua es salud, comida, ingresos por la venta de sus productos agrícolas y pecuarios, especialmente las mujeres que acceden al agua de riego dibujaron mucha producción agrícola, donde sus cuerpos son la extensión de la huerta.

Con relación a lo planteado hasta aquí, el presente artículo liga la dimensión de los cuidados y la relación de afectividad que tienen las mujeres con el agua y el territorio para dar cuenta de las nociones ontológicas y epistémicas vigentes en la lucha por la vida en tiempos de crisis sanitaria global y local. Identifican al hogar como el lado político de lo privado que trasciende a la comunidad, donde la solidaridad es la dimensión que convierte

paradójicamente en revolucionario al tejido social que sostiene la vida en común.

El artículo está estructurado de la siguiente manera: primero, realizo una breve aproximación teórica a las nociones de cuidado en la relación cuerpo – territorio desde la perspectiva de la Ecología Política Feminista Decolonial para aterrizar en un bosquejo de la visión territorio – cuerpo – agua ligada al *encarnamiento del agua*; seguidamente, presento los resultados empíricos del mapeo del cuerpo vinculados a los conflictos por el agua³; finalmente, detallo las prácticas de resistencia de las mujeres vinculadas a su relación ontológica con el agua y cómo éstas les permite contestar a la crisis en tiempos de pandemia. Concluyo este texto con unas breves reflexiones que nos acercan a la comprensión de las subjetividades que se generan en las mujeres rurales quienes viven en contextos de conflicto por el agua y la tierra.

2.- Aproximaciones teóricas a la visión del territorio – cuerpo – agua

Para el efecto, iniciaré con una breve contextualización de la situación de conflicto por el agua en la zona de estudio. En la región sierra centro del Ecuador, el principal uso y aprovechamiento del agua disponible es para riego, con un 96% frente al 3% para consumo humano. El riego para superficies menores de 10 hectáreas cuenta con el 43% del agua adjudicada, principalmente destinada a plantaciones de brócoli y flores de exportación, y un 4% para superficies que superan las 200 hectáreas dedicadas a la agricultura familiar local (Breilh 2007).

El acaparamiento del agua y la tierra en las plantaciones para exportación es descomunal en el Ecuador. Estas empresas consumen entre “900 mil a un millón de litros mensuales por hectárea [...] mientras que un pequeño agricultor ocupa 1000 litros mensuales por hectárea” (Sánchez y Aleese, ctd en Breilh 2007 97). En este contexto, los procesos de acumulación y despojo por acaparamiento del agua y de la mejor tierra se dan por las

siguientes razones: la apropiación de la tierra del valle (ciudad de Latacunga) con acceso a fuentes hídricas, el uso intensivo de agrotóxicos, la utilización de tecnología para alterar el clima, la explotación de la fuerza productiva femenina local con una presencia del 53% en plantaciones florícolas y 56% en el brócoli y la fuga de mano de obra masculina rural (Martínez 2015). Procesos que reflejan la magnitud de la injusticia social e hídrica en la región Sierra Centro del Ecuador. Afectación que es auspiciada por el estado bajo una visión utilitaria del agua como recurso que debe estar en manos del aparentemente más eficiente, el capital (Isch 2015).

En este escenario de despojo hídrico, la contaminación consiste “en un proceso de acumulación desde el momento en el cual, quienes han logrado acaparar y disponen de agua sana y segura, lo entregan a los demás en pésima calidad, afectando las posibilidades de distribución de uso con equidad” (Isch 2015 58). A estos problemas se suman, la indefensión de sus habitantes, pero sobre todo de las mujeres quienes viven, sienten y experimentan con sus cuerpos diariamente los graves problemas ambientales, sociales y de salud, al ser ellas quienes permanecen en la comunidad mientras los hombres son la fuerza productiva de la ciudad.

Lo señalado manifiesta que, la violencia contra el territorio–cuerpo de las mujeres en contextos de despojo hídrico está atravesada históricamente por la colonización. Así, la violencia contra las mujeres rurales en este escenario se manifiesta como violencia estructural y racializada ejercida por los propios gobiernos neoliberales en pacto con el capital y el patriarcado. En América Latina, las decisiones sobre este importante elemento tienen una dimensión política que es alentada por una ola de racismo y clasismo reflejada en la violencia ambiental que producen los diversos extractivismos de las economías neoliberales (Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo 2017 16).

Las mujeres rurales en procesos de defensa de los territorios viven los efectos ambientales a escala del cuerpo, territorio, y es

en su cotidianidad debido a su relación ontológica con la naturaleza y el agua donde resisten los embates del capitalismo. Sus prácticas de resistencia se basan en saberes y sabidurías sobre soberanía alimentaria (Ulloa 2016) y usos del agua. Dimensiones vinculadas a las emociones (Sultana 2011) y a los afectos encarnados por las mujeres rurales quienes manifiestan en sus cuerpos –en términos de salud física y emocional– la contaminación del territorio por acumulación del agua.

La violencia contra el cuerpo de las mujeres rurales se intensifica cuando se contaminan los afluentes de agua (Cabnal 2018), la tierra, el aire por parte de los agronegocios, las haciendas ganaderas, las actividades mineras, las actividades de explotación pecuaria y otras basadas en la extracción de la naturaleza. Así, un territorio violentado o invadido lo reconocemos en el cuerpo de las mujeres, “cuando se violentan los lugares que habitamos, nuestros cuerpos se afectan, cuando se afectan nuestros cuerpos se violentan los lugares que habitamos” (Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo 2017 7). Es en el cuerpo donde quedan impresas las experiencias del extractivismo, la contaminación, el despojo hídrico, las violencias, así como las emociones y las alegrías (2017 7).

Esta noción del cuerpo articula también los sentidos. Así, “oímos lo que nos cuenta el río, hablamos con las chacras, las milpas, y reímos con los pájaros; es decir, los sentidos son los que nos conectan con los territorios” (Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo 2017 7). El que el agua se corporalice en estos debates permitirá el mapeo de los efectos que esta produce en los “cuerpos marginados, racializados y generizados” (Zaragocín 2018 14). En este sentido, las emociones no son “subjetividades humanas individualizadas” (Sultana 2011) sino experiencias que se viven en colectivo, de forma relacional, situadas, y a su vez son “intersubjetivas y coproducidas” (Zaragocín y Caretta 2020).

Por lo dicho, Sultana (2011) propone que las subjetividades de género y las emociones incorporadas en los análisis permiten entender la forma como se constituyen las relaciones agua,

territorio, sociedad. Estos aspectos son determinantes para conocer el destino de las decisiones sobre el agua, tanto en el hogar, en la comunidad y en el gobierno (Sultana 2011). Lo manifestado hasta aquí, sugiere además que, el vínculo de los cuidados como dimensión que atraviesa las anteriores categorías permiten desarrollar de manera situada la visión de continuidad de la vida en contextos de conflictos por el agua. Noción que ha sido empleada por Elmhirts (2018) y Ulloa (2016) para “recuperar las verdaderas motivaciones de las mujeres respecto a la defensa de la vida” (Elmhirts 2018 54) en el marco de los feminismos decoloniales y las reflexiones sobre el encarnamiento del agua.

De tal forma, este trabajo nos desafía a pensar en el cuerpo como “el territorio político a defender” (Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo 2017 20). En este sentido, en los siguientes acápite desarrollaré algunos hallazgos sobre los efectos que produce en los cuerpos, en especial de las mujeres, una gestión comunitaria del agua que descuida las normas técnicas de la calidad del agua, siendo esta una forma de agresión a los cuerpos - territorios.

Los efectos diferenciados en los cuerpos comportan una sobrecarga en el cuerpo de la mujer por toda la racionalidad inscrita en los cuidados diferenciados de los cuerpos. Por lo expuesto, este análisis se centra en la situación actual de pandemia que afrontan las mujeres rurales. Cabe recalcar que, la visión del cuerpo como nuestro primer territorio reafirma el principio ético que tenemos las mujeres del sur, el mismo que parte del auto reconocimiento y entendimiento de nuestra memoria corporal. Esto significa tener claro desde nuestras propias experiencias de dónde venimos, quienes somos, como está vinculada nuestra existencia con nuestro territorio.

Al tenor de estas nociones de territorio – cuerpo, la memoria corporal y ancestral ha estado vigente en el territorio – cuerpo de las mujeres rurales co-productoras de conocimiento en esa investigación. Nociones útiles para sobrevivir en tiempos de pandemia. La misma que, les permitió implementar de maneras ingeniosas estrategias para sembrar las plantas, cuidarlas y cosecharlas.

Los saberes sobre las propiedades medicinales se mezclaron y fluyeron en el contexto de la relación afectiva que tienen las mujeres con la huerta, la tierra y el agua. Recordé que antes de sembrar y arrancar un fruto de la tierra hay que agradecer, pedir permiso y persignarse mirando al cerro⁴, así, la tierra te regala con generosidad los alimentos y la salud.

3.- El encarnamiento en tiempos de pandemia: mapeando el cuerpo

En la pandemia, el agua cobró relevancia global por lo trascendental que es este líquido vital para el cuidado y sostenibilidad de la vida. Las normas de bioseguridad como el lavado de manos y el aislamiento pusieron a salvo millones de vidas y ambas dependieron del acceso al agua. Condiciones esenciales a las que no todos tuvieron acceso en esta crisis sanitaria global (Diario de campo Santán Grande 23 de marzo 2020).

En la comunidad de estudio, el agua en ocasiones fue escasa y alterada en su calidad, esto lo percibieron mayormente las mujeres en sus cuerpos. Problemas que simultáneamente fueron experimentados por el territorio así:

Hoy nos llegó el agua de color oscuro, otros días amarillenta, no me da confianza hacer la comida con esa agua, tuve que coger el agua del botellón⁵ aunque es más caro, pero prefiero eso para evitar cualquier enfermedad. Mis hijos pequeños miran el agua sucia y me dicen que les duele la barriga (Madre soltera de Santán Grande 13 de abril del 2020).

En la relación de inseparabilidad que tienen las mujeres con el agua, hay también una relación de indisociable con su memoria ancestral, mente, espíritu, cuerpo, afectos y la espacialidad de la cotidianidad, elementos intangibles que se vuelven tangibles cuando se corporizan en el territorio – cuerpo para conectar al mundo humano con el no humano. “Sistema hidráulico” que depende de otros sistemas para dar vida (López y Cielo 2018).

En este contexto, la visión del territorio – cuerpo en la pandemia es una noción epistémica de las mujeres rurales. En esta crisis, hemos reivindicado con profundo respeto estas sabidurías, aun cuando sobre nuestras memorias y nuestros cuerpos estén latentes otras visiones cristianas, occidentales, coloniales, de opresión construidas histórica y estructuralmente sobre nuestros cuerpos. En esta crisis planetaria, la visión territorio – cuerpo está siendo emancipada en pos de una vida en común, floreciente, a pesar de las complejidades y violencias que vivieron nuestras ancestras, y que ahora, constatamos que la sanación también es milenaria (Cabnal 2020).

Durante la crisis sanitaria, el sufrimiento de género por no disponer de agua segura, o debido a los cortes del servicio del agua potable se encarnó en la espacialidad de lo cotidiano y en los cuerpos de las mujeres más pobres. Es decir, el sufrimiento de género no fue el mismo para las mujeres cuyas viviendas son precarias –muchas no cuentan hasta ahora con instalaciones de agua dentro de sus viviendas–, que para las mujeres con acceso a todos los servicios básicos. Aquí, las manifestaciones como dolores de cabeza, insomnio, pérdida del apetito, sentimientos de culpa y temor al futuro aumentaron para las mujeres en situación de vulnerabilidad (Diario de campo Santán Grande 20 de mayo 2020). A continuación, la cartografía de los cuerpos expresa de manera vivencial la corporeización del agua en el cuerpo:

Dibujo N° 1 Mapeo del territorio–cuerpo-agua⁶



Nuestra relación es de inseparabilidad con el agua, el sol, la luna, las estrellas, la memoria de nuestras ancestras y ancestros, con ellos hacemos predicciones de la sequía, las lluvias, con las fases lunares sembramos, cosechamos, podemos. Aquí el agua es vital para el sostenimiento de la vida, y tiene su propio espíritu. En este dibujo, somos materialidad afectiva entre el territorio-cuerpo-agua.

Cuando el agua está contaminada o es escaza, las mujeres encarnamos en nuestros territorios – cuerpos las sensaciones producidas por los desvelos y preocupaciones que vivimos en torno a estas problemáticas. El encarnamiento del agua en los cuerpos de las mujeres, espacialidad protagonista de la representación de lo cotidiano tiende sistemáticamente a corporizar las preocupaciones y dolores en múltiples escalas del territorio-cuerpo-agua:

en el paisaje, en la memoria ancestral, en la economía, en la comunidad, en el estado (Diario de campo Santán Grande 23 de noviembre 2020).

En Santán Grande, las preocupaciones de las mujeres a escala del territorio–cuerpo se corporizan en el paisaje⁷ cuando éste se ve afectado por la sequía, la tala de los árboles, los monocultivos intensivos de las empresas exportadoras, lo que provoca la pérdida del bosque, la reducción de los caudales de los ríos, la pérdida de la biodiversidad, la ausencia de la mano de obra familiar en las huertas. En este escenario, el impacto de un paisaje alterado, desolado y seco es la escasez de alimentos debido a que dependen de los cultivos de secano⁸ ante la falta de agua de riego. Situación que conlleva a una sobrecarga de trabajo diario en los cuidados de los humanos y los no humanos en tiempos de sequía agravados por la crisis sanitaria y económica (Diario de campo Santán Grande 19 de noviembre 2020).

La corporeización de las dolencias a escala de nuestra memoria ancestral se presenta como enfermedades cuando se van perdiendo las plantas medicinales del huerto debido a la sequía, a la desaparición de otras especies medicinales o a la presencia de nuevas plagas en la agricultura. Ante la desaparición de las plantas medicinales, los saberes y prácticas de nuestras *mamas*, abuelas y curanderas sobre los cuidados también se ven afectadas porque son legados que no trascienden a las siguientes generaciones. Las plantas medicinales como el llantén, la borraja, el matico que sirven para curar los catarros, las gripes y las infecciones son las que hoy en tiempos de crisis pandémica notamos que están desapareciendo de los huertos (Diario de campo Santán Grande 10 de abril 2020).

La crisis a escala de la economía familiar campesina está ligada a la falta de agua, y es uno de los principales problemas que afrontan las mujeres rurales. La falta de agua de riego impide la producción para el autoconsumo y venta de sus productos agropecuarios durante el año. Por lo tanto, la agricultura de secano practicada en Santán Grande no es una fuente de ingresos segura y estable para las mujeres. Así, la crisis económica ligada

a la falta de agua la resienten las mujeres en sus cuerpos al tener que triplicar su carga horaria entre los cuidados de los enfermos con Covid 19, la puesta en marcha de sus saberes y prácticas agroecológicas en condiciones de sequía, y la participación en las ferias comunitarias los fines de semana donde intercambian, venden sus productos, y /o revenden otros en tiempos de sequía. Todas éstas son actividades reproductivas que a la larga son actividades productivas sin las cuáles no podrían sostener la vida (Diario de campo Santán Grande 7 de junio 2020).

Finalmente, la comunidad es el espacio donde existe un tejido social que cuida en colectivo, sin embargo, la contaminación y escasez del agua rompen este tejido social cuando se convierten en sitios donde ocurren las diferentes formas de violencias contra las mujeres. En la pandemia, las madres de familia, las abuelas y las vecinas se han ocupado de cuidar solas a los enfermos con Covid 19, educar a sus hijos y sostener la economía familiar campesina. De esta forma, ellas convirtieron su hogar y sus cuerpos en manifestaciones de daño corporal y resistencia al tener que asumir el rol del estado en tiempos de crisis. Por ejemplo: el descuido de su salud para cuidar a los otros, la falta de servicios de cuidado y protección socioeconómica para las familias por parte del estado, el olvido de las autoridades comunitarias e institucionales en cuanto al monitoreo de la calidad del agua en tiempos de pandemia.

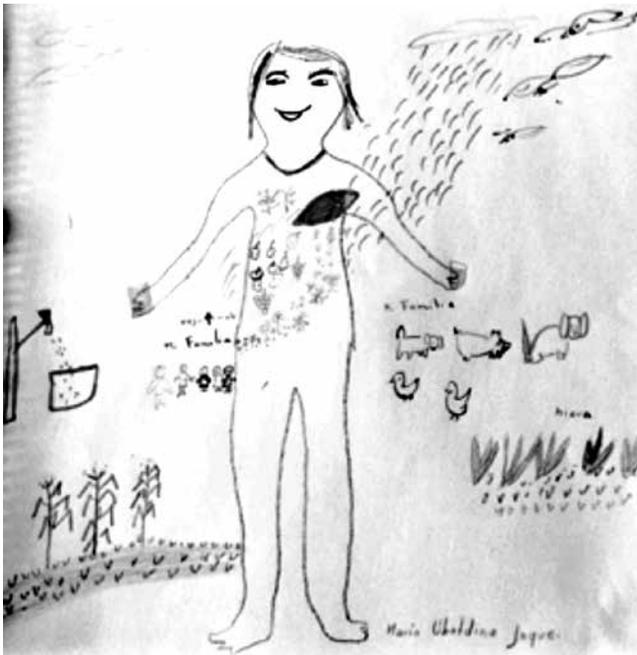
En función de lo planteado, estos son factores vinculados al agua que agudizaron el encarnamiento del dolor y sufrimiento en las mujeres que continúan afrontando solas la pandemia y la muerte dentro de la comunidad. Las escalas del encarnamiento descritas aquí transitan nuestra historia, nuestras memorias, nuestros cuerpos racializados siendo éste el lugar desde donde experimentamos doblemente los efectos de la acumulación por contaminación del agua y la falta de agua en Santán Grande.

El dibujo dos, nos muestra la representación de las experiencias vividas en torno al agua segura a escala del cuerpo, desde la perspectiva de su autora el encarnamiento de la alegría y los sentimientos de alivio que experimenta cuando accede a

agua segura coexisten con “el dolor, el miedo, la desesperación, los conflictos y los sufrimientos generales por el agua, donde las emociones saturan las relaciones cotidianas agua-sociedad” (Sultana 2011 171).

Aquí, las subjetividades de género son co-producidas en su relación afectiva con el agua, situación que determina un papel clave en la ruptura de la dicotomía: agua–recurso, agua–sociedad (Sultana 2011) donde, el territorio–cuerpo–agua es una espacialidad corpórea indivisible. Siendo así, el encarnamiento de las emociones también sucede en la escala de la dimensión espiritual.

Dibujo N° 2 Mapeo del territorio–cuerpo–agua⁹



yo me siento alegre, cuando veo el agua limpia me curo, por eso dibujé los vasos de agua en mis manos, cuando tengo agua limpia puedo asegurar que no me voy a enfermar y tampoco mi familia, también dibujé la lluvia porque cada vez que llueve es una alegría una emoción ver mojada la tierra, las siembras, el pasto [...] el dibujo del agua en mi pecho es porque el agua es mi motivación para vivir, y es como si fuera parte de mí, por eso cuando hay agua, mi familia está bien, igual que mis siembras y mis animales ... (Madre de familia participante en la actividad de mapeo del cuerpo Santán Grande 28 de octubre 2020).

En el dibujo tres, su autora nos muestra que los Apus –deidades– como el sol, la lluvia, el taita¹⁰ Cotopaxi, los cerros, pero sobre todo el río, tienen una conexión visceral con su ser. En el mapa de su territorio -cuerpo, su cuerpo es la extensión del río y de la chacra¹¹ formando una unidad indisociable con el pluriverso (Escobar 2015 89) similar a los anteriores dibujos. La novedad en esta cartografía es la proporción de espacio que ocupan los cerros, la huerta, la familia no humana. La explicación es la siguiente:

Los cerros, el Cotopaxi son para mí, parte de mi familia, nos cuidan, yo siempre me persigno cuando los veo en las mañanas, ellos nos avisan cuando va llover o vamos a tener heladas[...], desde nuestras montañas nace el agua que llega a nuestras casas, por eso digo que ellos nos cuidan [...] si algún día nos llega a faltar el agua dejaremos de existir, porque el agua es para todo, si viviéramos solo de la lluvia tampoco podríamos sobrevivir porque ya no llueve como antes, mucho están sacando madera de los bosques (Madre de familia participante en la actividad de mapeo del cuerpo Santán Grande 28 de octubre 2020).

Dibujo N°3 Mapeo del territorio –cuerpo – agua¹²



Para las mujeres rurales de Santán Grande, el acceso al agua segura es motivo de emociones, estabilidad, seguridad y motivaciones para continuar resistiendo por la vida. Este es el lugar donde, su espacialidad corporal encarna estas emociones en torno al agua en conexión con nuestra memoria ancestral, saberes, espíritus (Apus), naturaleza, a manera de un sistema inter y eco-dependiente, sin el cual, no sería posible la colectivización de los cuidados de la vida humana y no humana y más aún en tiempos de pandemia.

El territorio – cuerpo es la escala predilecta para este estudio (Zaragocín y Caretta 2020) porque desde ahí surge información sobre la espacialidad de los sentimientos y experiencias vividas en torno al agua, situación que condiciona la relación social de las mujeres y les remite a las normas sociales que incluyen relaciones

de poder (2020). En este contexto, el mapeo del cuerpo tiene alcances políticos porque logra conectar cuerpos, vivencias y espacios para hacer sentir las carencias, los afectos, las emociones, así como las alegrías al otro, para de esta forma comunalizar la resistencia:

primera vez que nos hacen hacer esta clase de dibujos, viéndolo así es más fácil de dar a saber lo grande y sagrado que es el agua para nosotras, nosotras llevamos el agua adentro de nuestros cuerpos, no ve, cuando una está embarazada cuida desde las entrañas a su hijo teniéndolo en la fuente de agua, y así es pues, gracias al agua tenemos vida, tenemos nuestras siembras, nuestros animalitos, hacemos la comida, nos bañamos [...] tenemos que organizarnos para cuidar más el agua (Madre de familia participante en la actividad de mapeo del cuerpo Santán Grande 25 de octubre 2020).

Los efectos espaciales de estas emociones se encarnan en el territorio –cuerpo –agua de las mujeres, lugar donde, ellas desarrollan estrategias de resistencia, tales como: organizarse, crear redes solidarias, conservar el agua. Así, el lado político del mapeo del cuerpo nos debe servir a las mujeres, por un lado, para salir de los lugares del dolor hacia otros de dignificación (Cabnal 2020), haciendo incidencia en lo público, y por otro, utilizar la experiencia del encarnamiento de la escasez y contaminación del agua para acuerparnos en la organización comunitaria (Caretta y Zaragocín 2020).

Las mujeres de Santán Grande, entraron a la pandemia con problemas de escasez y contaminación del agua, problemas que vienen arrastrando desde hace muchos años. Así en la pandemia, las familias dependieron como nunca del agua. Las estrategias de prevención y cuidados de la salud fueron reforzar las medidas de bioseguridad: incrementar el nivel de asepsia en sus hogares, lavado frecuente de manos, tener todo limpio y sobre todo almacenar el agua (Diario de campo Santán Grande 20 de mayo 2020).

El sufrimiento de género por no disponer de agua segura, o debido a los cortes del servicio del agua potable se encarnó en la espacialidad de lo cotidiano y en los cuerpos de las mujeres,

manifestándose en dolores de cabeza, insomnio, pérdida del apetito, sentimientos de culpa y temor al futuro (Diario de campo Santán Grande 20 de mayo 2020). El pánico por la tasa de contagios más que de muertos, tema que cada día se alertaba en las redes sociales y en los medios de comunicación generó en las familias y particularmente en las mujeres mucha tristeza y ansiedad (Leiva y otros 2020). Todo esto sumado a las elucubraciones generalizadas en la comunidad acerca de que “nos están cortando el agua y no sabemos que es lo que está sucediendo” (Madre de familia Santán Grande 13 de abril 2020).

Las casas, todas las que visité tenían su preparado de aguas medicinales para tomar durante el día: agua de manzanilla, taraxaco, limonadas, jengibre, miel, eucalipto para las evaporizaciones, agua de toronjil para aliviar las angustias. Muchas familias colgaron abundantes ramas de eucalipto y ruda en las entradas de sus casas. Las personas de la tercera se confinaron más que el resto de las personas en la comunidad y pusieron en práctica todos sus conocimientos y sabidurías sobre infusiones medicinales (Diario de campo Santán Grande 20 de mayo 2020).

Las familias dentro de las casas incrementaron las tareas de cuidados, tal como explica el testimonio:

Ahora tengo un galón, ya no una jarra de agua de remedio y es para que tomen mis hijos y mis suegros, yo les hago tomar estas aguas cada vez, en especial a mis suegros que vinieron a pasar conmigo en esta pandemia... (Madre de familia Santán Grande 30 de marzo 2020).

El testimonio da cuenta de que la encarnación del agua en la pandemia nos está llevando a la necesidad de analizar el encarnamiento de la pandemia vinculada a los problemas del agua en los territorios –cuerpo -agua. Donde, las sensaciones corporales y las emociones experimentadas en tiempos del Covid 19 no fueron iguales ni entre las mismas mujeres de Santán Grande, debido a las brechas económicas, sociales, generacionales, de género, de acceso a servicios, y a cuidados dentro de la misma comunidad.

4.- Resistencia de las mujeres: luchas para sostener la vida en tiempos de crisis

En tiempos de pandemia, la experiencia de las encarnaciones del agua motivó a que las mujeres busquen mantenerse organizadas. Las subjetividades de género co-producidas en su relación ontológica con el agua y basadas en el lugar (Zaragocin y Caretta 2020) les comprometieron más que antes a movilizarse para resistir a partir de acciones cotidianas dentro de sus hogares, con sus familias y a nivel comunitario como grupo de mujeres.

Las prácticas cotidianas de resistencia de las mujeres están dadas por los pequeños actos sostenidos a través del tiempo y de manera permanente “por debajo del radar” (Jenkins 2017 1451). Es decir, su convicción de mantenerse inquebrantable en el quehacer diario para sostener la resistencia en lo cotidiano “convierte su activismo en una circunstancia desafiante” (2017 1451). Para las mujeres, su lucha es quedándose en la comunidad, resistiendo -a largo plazo-, arraigadas en lo cotidiano, en sus hogares y en sus huertas, haciendo lo que diariamente suelen hacer para vivir. Así, las prácticas agroecológicas de las mujeres campesinas son una de las estrategias de mayor trascendencia en cuanto a la resistencia cotidiana para poner a salvo la soberanía alimentaria en tiempos de pandemia.

La agroecología ligada al cuidado del agua es un trabajo no reconocido, sin embargo, es una de las estrategias silenciosas de las más importantes y trascendentales de defensa de la vida que las marchas masivas o eventos públicos por la defensa de tierra, el agua, las semillas. Esto es ir “por debajo del radar” en términos de Jenkins (2017).

La agroecología al ser su actividad vital ocupa la espacialidad de su cotidianidad donde su territorio – cuerpo es la extensión de su chacra, el bosque, la granja. En esta relación ontológica las mujeres emplean sus sentidos, propósitos personales, espirituales, comunitarios y políticos para conectarse con la tierra y el agua (Trevilla, Estrada y Soto 2020). Dicho en palabras de la feminista indígena Lorena Cabnal (2020):

Las mujeres con nuestros saberes controlamos las sequías, sabemos si habrá mucha lluvia, nosotras tenemos una conexión profunda con las fases lunares, y entonces somos predictivas [...] sabemos sobre nuestras plantas y nuestra memoria sanadora milenaria va a hacer uno de los elementos de revitalización y de dignificación de nuestra existencia. (Conversatorio: Territorio y cuerpo de las mujeres: Diálogos decoloniales, realizado por Oxfam en Guatemala 11 de octubre 2020) en las obras citadas).

Vivir esta relación de territorio – cuerpo en lo cotidiano -lugar donde resistimos y luchamos por sostener la vida-, es vivir una relación de inter y ecodependencia con la naturaleza, inseparable con la tierra, el agua, los cuerpos humanos y no humanos. Donde, el huerto se reafirma como la extensión del territorio–cuerpo–tierra. Esto no es esencialismo:

en la pandemia pasé haciendo el dulce de chaguarmishqui¹³, nos damos cuenta que gracias a nuestras propias comidas no pasamos hambre en este tiempo del coronavirus, estamos sin trabajo, no hemos traído compras¹⁴ de la ciudad, usted sabe que en el campo la tierra siempre nos da de comer. Además, el chaguarmishqui es una comida muy medicinal, es un remedio que se les da a los enfermos o a los débiles para que se recuperen pronto, a más de eso cura la artritis y el dolor de huesos [...] el chaguarmishqui es un dulce que sale del penco y que hacemos hervir con la cebada en grano, así no enseñó nuestra finadita abuela y ahora nosotros tenemos que enseñar a nuestros hijos (Madre de familia de Santán Grande 02 de mayo del 2020).

Bajo estas visiones en Santán Grande, la pandemia replanteó la relación de territorio – cuerpo en la cotidianidad, por otra más enfocadas en la colectivización de los cuidados, más solidarias, como nunca antes imaginadas por crisis que hayamos vivido. La necesidad de una política de los comunes, pensada desde el lugar de lo cotidiano y lo comunitario emergió así:

desde que empezó esta enfermedad del virus me puse hacer desinfectante natural para cuidar a mis yernos y a unos vecinos

que todo el siempre salen a trabajar en el taxi en esta pandemia, Diosito quisiera que no me les pase nada [...] pongo a hervir en la olla más grande el valor de una libra ha de ser, de hojas y tallos de ruda, manzanilla, romero, eucalipto solo ramitas tiernas, diente de león, ahí le dejo enfriar para ponerle un litro de trago fuerte, de ahí, esa mezcla le pongo en la bomba de fumigar, con eso voy, y les hago de rociar a los carros por dentro y por fuera, también fumigo al chofer, el patio donde llegan porque ahí juegan mis nietos, y las entradas de las casas (Abuela de Santán Grande 26 de abril 2020).

Otras actividades que merecieron el trabajo colectivo en la pandemia fueron las mingas entre familias para realizar mejoras de las viviendas, ampliación de granjas, limpieza de los terrenos, siembras, cosechas, cortar y procesar la madera¹⁵. El sujeto colectivo se activó para cuidar del individuo, mismo que al encontrarse en situación de vulnerabilidad se convirtió en una preocupación para el tejido social que le rodeaba. La resistencia y respuesta comunitaria consistió en estos insurgentes y a la vez dóciles modos de cuidar los cuerpos (Mahmood 2008 166). La lucha fue cuidando y produciendo cotidianamente en la huerta con la finalidad de garantizar la soberanía alimentaria de todos. Al tenor de estas afirmaciones, la forma de vivir el territorio–cuerpo antes y durante la pandemia ha sido a través de la oralidad. Relación que nos atraviesa el cuerpo al igual que nuestras historias. Así, aprendemos a conservar o *encariñar* las semillas, criar a nuestros animales, conservar la lengua materna, los saberes sobre medicina natural, la gastronomía, y a cuidar de los demás. Vivir esta relación de territorio–cuerpo en lo cotidiano – lugar donde resistimos y luchamos por sostener la vida–, es vivir una relación de inter y ecodependencia con la naturaleza, y de encarnamiento e inseparabilidad con la tierra y el agua. Donde, el huerto es la extensión de mi territorio–cuerpotierra.

5.- Conclusiones

La contaminación y escasez del agua provoca efectos diferenciados en los hombres y en las mujeres, sin embargo, estos efectos diferenciados están condicionados por la relación que tienen con el agua. Las mujeres al poner la vida en el centro, y usar el agua para proveer el sustento de la familia tiene una relación afectiva con el agua, diferente a los hombres, ellos no están en los cuidados, su relación con el agua es distante.

“El acceso, uso, control y conflictos del agua median las formas en que el agua llega a afectar la vida cotidiana en lugares de escasez de agua” (Sultana 2011 171). Sostengo, además, siguiendo a Sultana (2011) y desde mis reflexiones en el transcurso de este trabajo, que, las relaciones sociales y comunitarias más amplias de poder y las subjetividades de género son co-producidas en la relación dicotómica –agua –recurso- para los hombres, y en la relación ontológica territorio – cuerpo – agua para las mujeres (Sultana 2011). La relación ontológica de las mujeres con el agua está mediada por factores como: las formas de cuidado en inter y ecoddependencia y la información que llevan en su memoria ancestral de cuidados. Los efectos diferenciados también impactan en las decisiones, en los conocimientos que se generan a partir de los conflictos por el agua, en los encarnamientos y en las subjetividades de género que se co-producen a partir de las experiencias vividas con el agua.

Así, el encarnamiento de las emociones y experiencias vividas de sufrimiento de género en torno al agua, juegan un papel crucial en los procesos de lucha y resistencia cotidiana de las mujeres. En Santán Grande, esta lucha por el agua se manifiesta en un despliegue de conocimientos, sentidos, sentires y prácticas en el monitoreo del control de la calidad del agua, por ejemplo, ellas dejan correr el agua del grifo unos segundos antes de consumir, de esta forma perciben el olor y el color del agua, cuando el agua está alterada en una o las dos propiedades físicas, no la consumen en la preparación de sus alimentos y recurren al agua almacenada.

Al tenor de lo expresado, el agua participa en los cuidados colectivos: los alimentos, las semillas nativas, las plantas medicinales, los rituales o festividades, el forraje. Todas las prácticas de cuidados giran en torno al agua para la producción de los cuerpos. Así, la relación territorio–cuerpo–agua es una correspondencia de vida en común. En ese contexto, sanar, cuidar, alimentar es un acto político de las mujeres ante rupturas de la red de la vida, éstas son formas que tienen las mujeres para desafiar al sistema al que ellas mismas mantienen. Lo hacen perfeccionando su activismo en la agricultura familiar, preparando alimentos tradicionales, conservando las semillas, conservando el agua y procurando la salud de su familia humana y no humana. Todas estas formas alternativas de reproducción del sistema motivan, además, la existencia de tramas comunitarias para sostener la lucha por el agua y los comunes.

La contaminación como un proceso de acumulación de las grandes empresas, las mismas que se han encargado de afectar los afluentes de agua con agrotóxicos, lixiviados orgánicos, y acaparamiento del agua están afectando directamente a las familias rurales de Latacunga – Cotopaxi, En este contexto, las mujeres se encuentran en indefensión sobre todo las mujeres quienes viven, sienten y experimentan con sus cuerpos diariamente los graves problemas ambientales, sociales y de salud, al ser ellas quienes permanecen en la comunidad mientras los hombres son la fuerza productiva de la ciudad, y al ser quienes encarnaron en sus cuerpos también la pandemia.

Un enfoque centrado en los cuidados, tema central de los feminismos, no solo analiza que hay unas brechas que acarrear violencia, como el uso del tiempo por parte de las mujeres, o que los cuidados son un trabajo altamente feminizados y racializados y por lo tanto precarizados, sino que visualiza y politiza la dimensión afectiva, reparadora y regeneradora de vida. Politizar la dimensión de los afectos, nos devuelve la noción de la materialidad de los cuerpos, con experiencias diversas y con necesidades de cuidados esenciales en alguna etapa de nuestras vidas finitas y efímeras.

De ahí que, la obligación que tenemos las feministas populares y comunitarias es la de politizar los saberes, sabidurías, las prácticas ancestrales y los afectos desplegados en los cuidados como estrategia de autoprotección, sanación de la violencia y de lucha para sostener la vida en tiempos del Covid 19. El encarnamiento de la pandemia vinculado a los problemas del agua no fue igual ni entre las mismas mujeres de Santán Grande, debido a las brechas económicas, sociales, generacionales, de género, de acceso a servicios, y a cuidados dentro de la misma comunidad.

Las mujeres campesinas e indígenas de la provincia de Cotopaxi – Ecuador, encuentran en sus huertas agroecológicas el espacio sociopolítico para resistir a los embates de la crisis sanitaria. Su memoria corporal ancestral atraviesa sus cuerpos a través de la oralidad de generación en generación. Es así como, sus saberes, energías, emociones, afectos son hilos que se entretajan en la red de la vida para los cuidados colectivos del territorio – cuerpo en su relación ontológica con la naturaleza. En este entramado, para las mujeres rurales, la huerta o la chacra es la extensión de su cuerpo–territorio.

En este escenario, la huerta es el espacio más revolucionario de sus luchas. Consumir alimentos que nutren y curan, controlar lo que ponemos en los cuerpos, es un acto político de resistencia y de emancipación ante el abandono y descuido del estado en plena pandemia. Las mujeres rurales se cuidan compartiendo los saberes gastronómicos, medicinales, espirituales, produciendo alimentos sanos, ecológicos, trabajando la tierra, cuidando el agua, conservando las semillas nativas.

La relación afectiva de las mujeres con el agua está mediada por factores como: las formas de cuidado en inter y ecodependencia y la información que llevan en su memoria ancestral de cuidados. Los efectos diferenciados también impactan en las decisiones, en los conocimientos que se generan a partir de los conflictos por el agua, en los encarnamientos y en las subjetividades de género que se producen a partir de las experiencias vividas con el agua.

Los cuidados son una dimensión política que intersecta con otras dimensiones como la espiritualidad, la solidaridad, el tejido organizativo, sin las cuales las mujeres rurales no podríamos asegurar el sostenimiento de la vida en tiempos de pandemia. Tiempos en donde nos protegernos, nos ayudamos, sanamos, consolamos como la postura política que tuvimos a la mano en la ruralidad para contestarle a esta crisis nunca imaginada. En este contexto hace sentido la relación territorio–cuerpo–agua como una vinculación que se caracteriza por los afectos, el arraigo cultural y nuestras memorias ancestrales vivida con nuestro territorio; a la vez, sentida con nuestros cuerpos como una extensión de nuestros cerros, paisajes, huertos, granjas y del agua misma. La desarmonización de cualquiera de estos tiene influencia en nuestras vidas, la sanación de nuestros cuerpos lleva sanación para el territorio.

* * *

Notas

- ¹ *Mamas*, forma de referirse a las mujeres adultas conocedoras de la naturaleza.
- ² Esta investigación fue financiada con fondos obtenidos en el XXVII Concurso de Becas de Investigación de tesis de la FLACSO Ecuador para las y los estudiantes de maestría de la Convocatoria 2018 – 2020. El propósito de estas becas es fomentar la calidad de las investigaciones en campo y la culminación de los estudios.
- ³ El presente estudio se realizó en la comunidad Santán Grande, donde opera la Junta Administradora de Agua Potable con el mismo nombre. Las problemáticas de la misma giran alrededor de una gestión comunitaria del agua que ha centrado su labor en la gestión administrativa, descuidando los parámetros de calidad, donde las más afectadas son las mujeres quienes sienten con sus cuerpos, sus emociones y sentidos la contaminación y escasez del agua, dificultad irresuelta con la que entraron a la pandemia en marzo del 2020 (Diario de campo 22 de marzo del 2020).
- ⁴ El cerro que tenemos en mi comunidad es el Putzalahua, cuya altura oscila entre los 3.523 msnm, es el mirador de la Ciudad, y se encuentra en la parte oriental de Latacunga (GAD Parroquial Belisario Quevedo, 2018).
- ⁵ Botellón: agua purificada que distribuyen los camiones vendedores de agua embotellada.

- ⁶ Fuente: mapa elaborado en grupo con las mujeres participantes, Santán Grande 28 de octubre 2020.
- ⁷ El paisaje es para las mujeres rurales de Santán Grande la extensión de su territorio – cuerpo.
- ⁸ Cultivos de secano: son los que se siembran a inicios de la época de lluvia, una vez al año. Las familias campesinas de Santán Grande optan por estas modalidades de agricultura al no contar con el servicio de agua de riego.
- ⁹ Fuente: elaborado por Madre de familia, participante en la actividad de mapeo del cuerpo, Santán Grande 28 de octubre 2020.
- ¹⁰ Taita: abuelo o padre en la cosmovisión andina.
- ¹¹ Chacra, es el espacio donde cultivan en mayor extensión y crían sus animales.
- ¹² Fuente: Madre de familia participante en la actividad de mapeo del cuerpo, Santán Grande 28 de octubre 2020.
- ¹³ Chaguarmishqui: bebida dulce, es una receta ancestral que se elabora en los Andes a partir del dulce de penco. Líquido que se recoge al abrir un hoyo en el centro de la cepa madura del penco, éste se extrae una vez en el día, y se hierva con cebada y panela.
- ¹⁴ Compras, es la canasta familiar en nuestro vocabulario.
- ¹⁵ La tala de los árboles es parte del mantenimiento de los terrenos, se corta solo cuando es necesario y cuando el árbol está en etapa de corte. La venta de madera no genera ingresos representativos, sin embargo, les queda los derivados como leña, pingos (palos largos de madera), y las hojas para hacer secar y utilizar como leña (Observación participante Santán Grande mayo 2020).

* * *

Obras citadas

- Breilh, Jaime. Entrevista Jaime Breilh, epidemiólogo: <https://canalabierto.com.ar/category/noticias/perspectiva/entrevista/>. "Está servida la mesa para el virus" 7 de abril de 2020.
- Breilh, Jaime. "La determinación social de la salud como herramienta de transformación hacia una nueva salud pública (salud colectiva)." *Rev. Fac. Nac. Salud Pública*, 2013, pp. 13 - 27.
- Caretta, Martina, y Sofía Zaragocín. "Women's resistance against the extractive industry: embodied and water dimensions." *Human Geography*, 2020, pp. 3-5.
- Elmhirts, Rebecca. "Ecologías políticas feministas: perspectivas situadas y abordajes emergentes." *Ecología Política*, 2018, pp. 52 - 59.
- Jenkins, Katy. "Women anti-mining activists' narratives of everyday resistance in the Andes: staying put and carrying on in Peru and Ecuador, Gender, Place & Culture." 2017, pp. 1441 - 1459.
- López, Elizabeth, y Cristina Cielo. "El agua, el cuidado y lo comunitario en la Amazonía boliviana y ecuatoriana." En *Cuidado, comunidad y común*.

- Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida*, de Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes Cristina Vega,. Madrid: Traficantes de sueños, 2018, pp. 53 - 75
- Mahmood, Saba. "Teoría feminista y el agente social dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento islámico en Egipto." En *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. Valencia: Ediciones Cátedra, de L Suarez, Aída Hernandez y eds. 2008, 162-213.
- Morán, Susan. *La Mujer rural, que alimenta Ecuador, en el mayor olvido antes y durante la pandemia*. 2 de agosto de 2020. <https://www.planv.com.ec/historias/sociedad/la-mujer-rural-que-alimenta-al-ecuador-el-mayor-olvido-antes-y-durante-la>. Ultimo acceso 4 de septiembre de 2020.
- Senagua. *Base de datos de concesiones del cantón Latacunga*. Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial, Latacunga: PDOT Latacunga, 2008.
- Sultana, Farhana. "Suffering for water, suffering from water: Emotional geographies of resource access, control and conflict." *Geoforum* # 42, 2011, pp. 163 - 172.
- Videla, Mirta. "Hacia una "psicología andina" para la liberación. ." *Revista de Psicología* 18 (1), 2019, pp. 3-25.
- Zaragocin, Sofía, y M. Caretta. "Cuerpo-Territorio: ADecolonial Feminist Geographical Method for the Study of Embodiment." *Annals of the American Association of Geographers* , 2020, pp. 1-16.